

Editorial

PARA LOS ASIDUOS A LAS REDES SOCIALES #fail y #epic_fail son una señal distintiva de situaciones ridículas o simplemente un registro de fracasos de diversa índole. En YouTube, ese amplio registro videográfico de los acontecimientos y ocurrencias humanas de toda categoría, gracias a esta “etiqueta” cualquier espectador puede encontrar una antología muy vasta de errores y fracasos que van desde el simple ridículo hasta fatalidades irreparables. Una falla de esta especie otorga una fama numerosa. Apuntemos: una mala fama.

La permanencia de muchas series televisivas, asimismo, ha permitido el desarrollo desde edades tempranas de un sexto sentido para identificar fracasos. Quien fracasa de manera constante o acumulativa se convierte en un fracasado, en un perdedor. El estigma se vuelve una marca propiamente indeleble. Con ella, el individuo debe enfrentar una carga adicional: recuperar su valor y estima o, por el contrario, ser hostigado y segregado.

La manada crece en fortaleza gracias a esto: todo perdedor es un chivo expiatorio, y escasos son quienes se oponen a azuzar a un fracasado. Un chivo expiatorio sublima los temores de una comunidad, purga sus errores. A fin de cuentas, un pobre diablo es eso, y ya no un ser humano, una persona como cualquier otra. De ahí que quien ha sido discriminado deba alejarse, cambiar su identidad o dejarse aplastar. Cualesquiera de estas formas de respuesta son sinónimos de aniquilación, ninguna de ellas admisibles.

Si en oposición, como lo establece el método científico, se asumiera que la falla y el error son parte del aprendizaje de los individuos, una forma de perfeccionamiento de habilidades —por decirlo de manera concisa—, nuestras sociedades obtendrían mayores beneficios que el asumir el costo de la pérdida de experiencia y capacidades que implica segregarse a otra persona.

Tal es el planteamiento de este número de *Casa del tiempo*: contemplar el fracaso y el error, y aprender de su circunstancia. ■■

Fotografía: Francisco López López

